



Leyendas del Mar.

El "Trauco" y el "Caleuche"

Existen

Por

Raúl TORRES Rodríguez

Uno de los parajes más interesantes de la zona de Chiloé, es el Canal Moraleda, que nace de la conjunción misma del Golfo Corcovado y Boca del Huafo. Un millar de islas y canales forman los grupos Guaitecas y Chonos, Canales Tuamapu, King, Puyuguapi, etc. Todas las islas son pintorescas y se encuentran cubiertas de árboles y arbustos de diversas clases. En sus playas abundan los mariscos y moluscos más sabrosos.

El autor es Capitán de Fragata (R.) de la Armada de Chile. Navegó mucho tiempo en la zona de Chiloé y los Canales al mando de la escampavía "Yelcho". Se retiró del servicio en 1940. En este curioso y vívido relato el autor demuestra con evidente inspiración literaria que el "Trauco" y el "Caleuche", existen. ¿Realidad o fantasía? Eso deberá dilucidarlo el lector.

Pero estas islas de interesante aspecto, son también cuna de mil supersticiones y leyendas chilotas. Aquí es donde conocí al "Trauco". No se trata de una leyenda; no es una inventiva de marineros; no es una superstición, no. Yo he visto al "Trauco" en diversas formas. Claro está que nunca logré atraparlo pese a nuestros esfuerzos y ello tal vez dará a mi narración un aspecto algo irreal.

En uno de mis viajes a Huafo, recibí instrucciones de presentarme sorpresivamente en Melinka, para investigar una denuncia contra mi amigo Agapito... a quien se acusaba de estar recogiendo ostras en época de veda, que almacenaba en una ensenada de la Isla Clotilde. Don Agapito, como cariñosamente lo llamábamos, era un hombre de unos sesenta años, que había pasado su vida en las Guaitecas y gracias a su trabajo y a sus inteligentes mañas, había logrado juntar una fortuna considerable y llevaba con orgullo el título del Rey del Ciprés.

Si famosas fueron las explotaciones forestales de don Agapito, no lo fueron menos sus dominios sobre los bancos de ostras de la región: era el único por aquel entonces, capaz de competir en los mercados de Puerto Montt y Santiago, con los reyes de las ostras de Quetalmahue.

Demás estará decir —para no apartarnos de la narración que nos preocupa— que de mi inspección a Melinka no obtuve resultado positivo alguno: Don Agapito era demasiado inteligente como para dejarse sorprender y los chilotas a sus órdenes, como buenos chilotas, eran fieles hasta la exageración.

Pero, volvamos a nuestra historia.

Cuando regresamos de la comisión a Huafo, un día sábado en la tarde— lo recuerdo perfectamente— el tiempo se presentaba desfavorable: lluvioso y obscuro; las islas estaban cubiertas de una capa de nubes bajas que permitían poca visibilidad. Como no alcanzaría a llegar a Melinka con luz y sin mayor apuro, resolví enderezar rumbo al grupo Guaitecas y, a través del canal Tuamapu, anclar en Puerto Barrientos ubicado al sur de la Isla Guaiteca. Es una ensenada pintoresca muy resguardada de los vientos del norte y casi escondida a la sombra de altos cerros que forman la isla. Aun cuando no era muy tarde, había poca visibilidad; en parte, por ser época de

invierno en que por esas regiones los días son más cortos, y en parte, por estar la tarde algo lluviosa.

Tenía yo a bordo un hermoso perro lobero-policia que obedecía al nombre de "Yen". Era un animal inteligente y muy cariñoso. En los momentos que me alistaba para fondear, "Yen" estaba a mi lado en el puente de mando, parado sobre las patas y afirmados con sus manos en la baranda hacia proa. De repente, saltó corriendo escala abajo y fue ladrando hasta el castillo, como si viera algo extraño. Efectivamente, cerca del cabrestante había un hombre alto, muy delgado, con unos brazos muy largos que los llevaba levantados verticalmente. Todos los que estábamos en el puente lo vimos y el guardiamarina de guardia se dirigió al castillo para cerciorarse quien era. Grande fue su sorpresa cuando vio que la silueta desaparecía a grandes trancos, para perderse en la noche. "Yen" regresó al puente tiritando, con la cola entre las piernas y se acostó cerca de mí.

El timonel Huiehué que, desde la rueda del timón, observaba lo que pasaba me dijo: —"Era el "Trauco", mi Comandante".

Llamé al Contramaestre Manquecura luego de fondear, y le consulté sobre lo que pudiera decirme referente al "Trauco". Efectivamente, él conocía bien al "Trauco"; pero, como lo confirmara Manuel Soto, nacido en Melinka, el "Trauco" más bien era un pájaro extraño, muy grande, que habitaba según se sabía en una isla quemada del grupo Guaitecas, no muy lejos del puerto en que estábamos fondeados. Soto recordaba que en su niñez, más de una vez acompañó a su padre en su bote a vela en excursión hasta la isla quemada — (así la llamaban ellos), —en busca del "Trauco", pero nunca lograron atraparlo.

El día siguiente a los hechos narrados, que era un domingo, amaneció muy bonito y aun cuando estábamos en pleno invierno, un sol amarillento se asomaba a ratos entre el grupo de islas que nos rodeaban. El buen tiempo y las noticias que me dieran Manquecura y Soto sobre la posible morada del "Trauco", me tentaron a una expedición: levamos anclas y zarpamos en demanda de la "isla quemada", siguiendo las indicaciones de derrota del Contramaestre.

Efectivamente, a muy poco navegar, nos encontramos entre un gran número de islas, todas muy verdes y boscosas entre las cuales teníamos que navegar con mucha cautela, pues las cartas náuticas no eran muy exactas en esa parte y salvo las islas de mayores dimensiones, como las Lencayec e Islotes Gemelos, las numerosas que nos rodeaban apenas si estaban marcadas en dichas cartas. Más, he aquí que nuestro Contramaestre luego reconoció la isla que buscábamos: queda cerca de la Isla Lencayec, próxima a Isla Redonda, medio escondida entre cinco o seis de regular tamaño. Busqué fondo al extremo sur de la Isla Lencayec.

La mañana era muy hermosa y el mar estaba absolutamente en calma y las aguas eran de tal claridad, que se veía el fondo arenoso de la ensenada. Pocas veces había visto un mar tan claro, tan diáfano y de un verde más hermoso. Sólo podría compararlo con los ojos de una brasileña que conocí años después, a través de cuyas pupilas verdes purísimas diríase que se veía el alma.

Arriamos una embarcación y equipados de rifles y pistolas, nos dirigimos resueltamente hacia las playas de la "Isla quemada". A medida que avanzábamos, se presentaba ésta más y más extraña. No he tenido ocasión otra vez en mis treinta años de mar, de conocer en parte alguna otra isla que se le asemeje. Desgraciadamente nadie llevaba máquina fotográfica y las palabras no son suficientes para describir con toda exactitud lo que se presentaba ante los aterrados ojos de los expedicionarios.

Abordamos una playa llena de rocas quebradas, muy negras, desprovistas del menor rasgo vegetal o animal. Parece que jamás hombre alguno había pisado esas playas, pues, no encontramos el menor rastro humano, ni rastros de aves o animales. Era una isla más bien pequeña, tal vez de media milla de extensión y casi plana, a lo menos sus acantilados no eran muy pronunciados. Estaba totalmente cubierta de árboles —si así podía llamarse lo que veíamos—, todos negros, sin hojas ni ramas vivas; absolutamente quemados, altos y de ramas verticales como brazos levantados al cielo. Quebramos algunas ramas y éstas estaban quemadas hasta su interior. El bos-

que parecía más bien un cementerio de aspecto impresionante, lleno de cruces muy negras y largas. Reinaba un silencio sepulcral.

Recorrimos íntegramente la isla sin encontrar tan solo un reptil. En las rocas ni siquiera había cuevas en donde pudiera creerse que viviera el "Trauco".

Regresamos a bordo algo desilusionados; pero intensamente impresionados por el aspecto indescriptible de esta isla. Hasta Manquecura y Soto mantuvieron profundo silencio mientras regresábamos a bordo y parece que sólo sus ojos clavados hacia abajo les infundía calma.

Resolví seguir viaje a Melinka algo preocupado; pero sin perder las esperanzas de dar con el "Trauco" en alguna parte.

Cumplida nuestra misión, seguimos viaje al sur en demanda de Aysen. Al anochecer fondeamos en Puerto Americano, ubicado en isla Tangbac, próximo a isla Melchor. En los instantes que tomábamos fondeadero, una intensa sombra cubrió al buque; todos miramos instintivamente hacia arriba y cuál no sería nuestra sorpresa al ver un enorme pájaro, intensamente negro, de un descomunal pico corvado hacia abajo y con una sola pata, tal vez de cincuenta centímetros de largo con grandes garras, que colgaba verticalmente en forma amenazante. Yo lo vi perfectamente y casi aseguraría que tenía una sola pata, a lo menos, si tenía otra, la llevaría muy doblada, porque colgaba una como queriendo atrapar entre sus garras al buque mismo. Un oficial disparó al pájaro cinco o seis tiros de rifle que seguramente dieron en el blanco, pues el pájaro en su vuelo pasaba rozando el palo trinquete; sin embargo, parecía no inmutarse y cuando nos aprontábamos para lanzar una verdadera andanada, el "Trauco" desapareció como envuelto en una nube. Porque estoy seguro —y para ello no necesitaba la confirmación de Manquecura o Soto— que la extraña ave era el "Trauco" que buscábamos.

Pero al "Trauco" lo he visto —o se me ha presentado con los años— en otras formas; mas, siempre en los alrededores de las Guaitecas o proximidades del Moraleda.

Algunos años después de la fecha de la historia anterior, era yo Comandante

de un buque que, por su color negro impenetrable, largos mástiles y enorme chimenea que le daban un aspecto tétrico, era conocido en la costa por el nombre de "ataud con palos".

En uno de mis viajes a Punta Arenas y yendo a la altura de faro Isla Locos, a la entrada del Canal Moraleda, una noche, aproximadamente a la una de la mañana, se produjo a proa un ruido de anclas y cadenas, como si una de éstas se hubiera arriado en banda. Me encontraba en el puente y mandé al oficial de guardia que fuese a proa, con linterna, a cerciorarse qué pasaba. El teniente regresó habiendo encontrado todo en perfecto orden y sin conseguir una explicación al ruido que, una hora después se repetía intensamente. Esta vez no mandé a ver qué era, pues estaba seguro que se trataba del "Trauco".

En la misma "Yelcho", recuerdo que una noche que estábamos fondeados en Puerto Francés, de la Isla Tránsito, cerca de Cayo Blanco, con calma absoluta; pasado la medianoche, comenzó a golpearse una puerta en forma que me despertó violentamente. Me asomé a la claraboya y me di cuenta que no corría ni una brisa; por otra parte, las puertas se golpean en navegación si están mal cerradas y siempre que haya balances; pero esta vez estábamos fondeados con calma absoluta. Como el golpe se repetía intermitentemente, llamé al marinero de guardia y le ordené cerciorarse de dónde provenía el golpe que él también sentía. José Lumahué regresó al poco rato sin haber encontrado puerta alguna golpeándose y tranquilamente me dijo: —"es el "Trauco", mi Comandante—..." Yo di vuelta la almohada y seguí durmiendo.

Muchos años después, pilotando un buque extranjero por el Moraleda, una noche, algo como fierro comenzó a golpear en el castillo a estribor. Era un golpe seco y fuerte, repetido muchas veces. El piloto de guardia fue a proa con una linterna y revisó todo perfectamente, sin encontrar fierro suelto alguno o algo que se golpeará con el viento. Desde luego había sólo una ligera brisa y todo a bordo estaba trincado para la mar. El ruido se repitió muchas veces y como no se encontraba explicación, manifesté al oficial de guardia que se trataba del "Trauco", extraño habitante —ave, hombre o co-

sa— de esas regiones chilotas, que existe —aunque no lo crean— porque yo lo he visto.

Pero, si extraña les parece la existencia del "Trauco", ruego a ustedes quieran dar crédito a lo que he visto relacionado con el "Caleuche".

Sobre el buque fantasma se han escrito muchas historias. Yo no sé si quienes las han escrito vieron alguna vez al "Caleuche", o sólo se han concretado a repetir lo que oyeron de boca de algún "chilote". Yo no voy a repetir lo que me hayan contado; voy a narrar lo que me ha pasado, cómo se me ha presentado el "Caleuche", cómo lo he visto y cómo traté de abordarlo una vez. Todo ello me lleva a asegurarles que así como el "Trauco", el "Caleuche" existe.

La leyenda asegura que el "Caleuche" es un buque fantasma que se aparece a los navegantes en las noches de invierno, llevando en sus palos luces extrañas; que cuando un hombre de mar se aventura en las noches solitarias, es atraído por el "Caleuche" y pasa a engrosar su tripulación espectral.

Yo siempre encontré al "Caleuche" en las cercanías de Huamblín. Diríase que navega en curva de rebusca, entre Huafo y Golfo de Penas. Nunca lo he visto más al sur —entre Golfo de Penas y Cabo de Hornos, digamos— y, a lo sumo hasta Boca del Huafo hacia el norte. Pero lo he visto.

La primera vez se nos apareció una noche que íbamos en viaje a Puerto Slight en demanda de Faro Raper. Navegábamos, tal vez, frente a Puerto Cono, cuando más o menos a tres millas por estribor pasó un barco navegando a gran velocidad. Era un velero— lo vimos perfectamente con anteojos— de 3 palos cruzados; pero no llevaba vela alguna. Sus palos iban totalmente iluminados y en cada penol de las vergas, parecía llevar encendidas unas especies de antorchas que despedían llamas rojizas. A la distancia no aparecía tripulante alguno sobre cubierta.

Mandé llamar al contramaestre y antes que lo hablara, al llegar al puente me dijo: —"el "Caleuche", mi comandante"—. Efectivamente, él lo había visto antes de subir al puente.

La noche estaba muy oscura. El buque desapareció rápidamente y nada pudimos hacer por localizarlo nuevamente.

Yo me propuse encontrar una explicación al fenómeno y me leí todo lo que encontré sobre fuegos fatuos, fuegos de San Telmo y otros fenómenos meteorológicos que pudieran tener semejanza con lo visto. Nada se acercaba a la realidad, a lo que nuestros ojos presenciaron.

Desde esa noche, cada vez que efectuaba comisiones por la zona Huafo-Golfo de Penas, nos preocupábamos noche a noche, procurando encontrar nuevamente al "Caleuche" y navegábamos principalmente alrededor de medianoche en las cercanías de Huamblín. Aun en varias oportunidades, permanecí horas y horas a bajo andar en las vecindades de dicha isla; oficiales, contra maestre y voluntarios siempre alertas en el puente.

Algunas semanas después de lo anterior mientras navegábamos en demanda del faro San Pedro y, siguiendo mi plan, lentamente entre Huafo y Huamblín, con rumbo trazado por el interior de esta isla, con calma absoluta, en una noche muy oscura de noviembre, aproximadamente a las dos de la madrugada, vimos una especie de luz artificial que se elevó desde el mar, próximo a la isla Huamblín y luego apareció el "Caleuche" balanceándose lentamente sobre ese mar en calma. Estaríamos, escasamente a una milla de distancia. En un principio creí que se trataba de un buquesito ballenero perteneciente a la compañía que por aquellos años tenía establecida una factoría en Caleta Samuel; pero nos dimos cuenta pronto que no era tal, pues no llevaba las características luces de navegación y en cambio sus vergas aparecían totalmente encendidas. Además, nos pareció ver hombres a bordo; pero eran seres extraños que también estaban iluminados y más bien parecían espectros. Caimos a estribor y pusimos proa al extraño buque al máximo de andar para tratar de abordarlo. Este se puso en marcha directamente hacia la isla Huamblín. No llevaba velas desplegadas ni se sentía en la tranquilidad de la noche, ruido de motores o máquinas; sin embargo, el barco pronto se nos alejó... La "Yelcho" llegó a límites peligrosos cerca de la punta sur de Huamblín, sin dar alcance al buque que, desde luego no podía ser otro sino el "Caleuche". De repente éste desapareció. Creyendo que hubiese virado al norte

por detrás de la isla, ejecutamos igual maniobra; pero no había rastro alguno. Dimos una vuelta completa a Huamblín, y nada: el "Caleuche" nos había hecho una nueva jugada.

Uno o dos meses más tarde, el Capitán de Puerto de Castro, solicitó de la autoridad naval, la cooperación de la "Yelcho", para buscar unos loberos que hacía sesenta o setenta días habían salido al sur con intenciones de llegar hasta las Guaitecas y por cuya suerte se temía, pues era ya tiempo demás que hubiesen regresado.

Salimos de Puerto Montt y recalamos en Castro para obtener mayores informaciones.

Allí supimos de parte de los familiares de los loberos desaparecidos, que eran cuatro hombres, que habían salido en una chalupa ballenera equipada con una vela cuchilla; que llevaban algunos perros y elementos de caza y pesca; que eran buenos marineros, conocedores profundos de la región y que ya debían estar de vuelta, salvo que algo grave les hubiese ocurrido. Recogimos algunos datos entre otros loberos, sobre la posible derrota que esta chalupa habría seguido y zarpamos en demanda de las Guaitecas.

Ya en viaje, uno de los marineros me informó que, un hermano de uno de los desaparecidos, de apellido Llanca, le había contado que su hermano muchas veces había manifestado deseos de abordar el "Caleuche" si lograrse encontrarlo. Creía él que el "Caleuche", además de ser buque fantasma, era pirata y como tal, llevaría joyas y oro a bordo. Temía Llanca que hubiesen encontrado el "Caleuche" y que su hermano, cumpliendo sus deseos lo hubiese abordado sufriendo algún percance.

En Melinka, tuvimos conocimiento que la ballenera tripulada por José Llanca y tres compañeros, había estado allí hacía casi mes y medio; que, después de algún descanso, se había hecho a la mar rumbo a las Guaitecas.

En estas islas recorrimos todo lo que era posible por espacio de varios días, sin encontrar rastro alguno. Incluso pasamos cerca de la "isla quemada" en la esperanza de encontrar restos en caso que estos hombres hubiesen sido devorados por el "Trauco". Y nada.

Resolví seguir viaje al sur para rebuscar hasta la Península de Tres Montes.

Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, poco más al sur de las Rocas Hellyer, sobre una playa de las islas Usborn, próximo a Seno Cornish, divisamos una embarcación aparentemente abandonada. Nos acercamos. Envié una chalupa y abordamos la embarcación que resultó ser la ballenera perdida; estaba totalmente abandonada: no había ni hombres, ni perros; pero se encontraban a bordo todos los elementos de trabajo, víveres, un barril de agua dulce y algunas pieles de lobo ya en descomposición. Trajimos la embarcación a bordo y nos acercamos lo más posible a tierra esperando encontrar restos o creyendo que los hombres podían estar en la costa, y nada... Envié una embarcación a inspeccionar Seno Cornish... y nada. Durante tres días continuamos la rebusca

en toda forma incluso hicimos señales de sirena, fogatas nocturnas, sin obtener respuesta. Ya perdida toda esperanza, resolví regresar al norte.

De noche, próximo a Huamblín, se nos apareció el "Caleuche" nuevamente. Iluminado fantásticamente pasó a gran velocidad cruzando nuestra proa a corta distancia. No llevaba velas desplegadas; pero había a bordo tripulantes tan extraños que nos infundieron pavor. Seguí al norte al máximo de andar, esta vez huyendo de la presencia del "Caleuche".

Nuestra llegada a Castro era esperada con impaciencia. Pero a nadie pareció extraño oír la narración del hallazgo y mucho menos las versiones de mis tripulantes. Todos estaban seguros en el tranquilo puerto, que José Llanca y sus compañeros, habían cometido la locura de abordar el "Caleuche" y desde aquella noche formaba parte de sus tripulantes espectrales.

* * *